

La llamada

Por Raúl Cuestas

En realidad nunca hubiera creído que la última apelación fuera a dar resultado. Cuando desmembré el cadáver para meterlo en el baúl, lo último que se me ocurrió fue que la premeditación de ese acto cancelara cualquier intento posterior de hacer creer que mi crimen había sido cometido bajo la influencia de la droga. Pero mi abogado es persistente y testarudo. Insistió que apelar sería mi única esperanza y en efecto, ese truco legal me ha ayudado a permanecer en este mundo varios meses más, casi un año. Lo que yo menos me imaginaba es que todo esto fuera a demorar tanto. Pensé que en dos años, tal vez tres, terminaría todo pero ¡Qué equivocado estaba! Gerardito ya debe haberse graduado de la secundaria y Felipe probablemente tenga novia. Cuando me sentenciaron no creí que llegaría a ver el día en que terminaran la escuela. Me duele que nunca los vuelva a ver, excepto si vienen a mi ejecución, y eso su madre no lo permitirá bajo ninguna circunstancia.

No sé qué es lo peor de todo este asunto: La certeza de mi final o la incertidumbre de cuándo llegará. Cada vez que despierto en la mañana no sé si considerarlo un día más o un día menos. Pero me enfurece que haber pospuesto mi muerte me haga creer que tal vez pueda salir vivo de aquí. En la clase de catecismo la monja nos dijo que la esperanza es lo último que se pierde. ¡Qué equivocada estaba ella! Lo último que se pierde es la vida, pero qué podía saber sobre la vida una monjita de veintidós años que había pasado su existencia metida en un convento.

Ayer supe que el gobernador puede dar un indulto y cancelar las ejecuciones al último momento y que para eso utiliza un teléfono rojo llamado la "línea caliente". Quisiera saber si ese teléfono ha sonado alguna vez o si solamente lo tienen allí, en la pared, al lado del reloj, para darle a uno esperanzas. ¡Más esperanzas malditas! Al principio pensé que todo era una burla, que ese señor, sin haberme conocido siquiera, no iba a tomarse la molestia de examinar mi expediente.

Sin embargo esta mañana mi abogado me dijo que con algo de influencia el gobernador podría hacer esa llamada y después me dijo que la influencia consiste de billetes en un maletín. Yo sé que esta tarde se hizo el pago, pero ¿Por qué no ha llamado? ¿Será que está en una recepción o una reunión política y se le ha olvidado? ¿O quizás se haya quedado en casa distraído mirando HBO? Posiblemente esté en la cama con su mujer. Maldita sea, ¡Mire su reloj! Mi vida es más importante que una conversación o una película o un polvo.

Son las diez y media, tengo hasta medianoche para que suene la llamada. Ojalá que ese reloj esté atrasado aunque sea unos minutos. Para mí, cualquier minuto extra sería el

equivalente de un día, de una semana, de un mes. Este pasillo parece interminable y los grilletes tan pesados hacen que uno vaya más despacio. Me parecen totalmente innecesarios. Después de todo, nunca oí de un condenado que se apresurara hacia el cadalso.

Otra campanada, la de las once y, todavía, nada. El teléfono sigue callado. La mirada del alguacil no me gusta en lo absoluto; me ve como si yo le cayera mal. Él debería estar contento de que yo le desocupe una celda. Me parece que está aburrido de verme envejecer tras las rejas. A veces mira en mi dirección y es como si yo no estuviera allí, como si me atravesara con los ojos, como si yo fuera transparente. Creo que se ha acostumbrado a esto, a ver a hombres que ya no existen, a mirar a muertos que aún caminan y respiran. Porque esta espera interminable me ha convertido en eso, en un muerto viviente. Estas correas de la camilla están muy apretadas. ¿De qué se preocupan ellos, que un muerto viviente trate de escaparse, por eso lo amarran a uno tan fuertemente?

Oigo pasos, deben ser unas diez o quince personas. Vienen despacio y no hablan. Ya llegaron los reporteros. Me ven a través de la ventana y entonces quitan la mirada como si me tuvieran miedo. ¿Miedo de qué? ¿Cómo pueden temerle a un hombre amarrado a una camilla? ¿Qué daño podría yo hacerles? Miedo hay que tenerle a ellos, a sus artículos tendenciosos y sus editoriales sobre la pena de muerte. Si no fuera por ellos yo no estaría aquí esperando que suene el teléfono. Nunca me imaginé que el final de mi existencia llegara a ser determinado por el sonido de dos aparatos: El reloj y el teléfono. El que suene primero dictará mi futuro, si me voy para el infierno esta misma noche, o si tendré una segunda oportunidad.

Once y media. Sólo escucho las respiraciones de los testigos y el tictac del reloj. Por lo menos el reloj tiene la decencia de hacer notar su presencia. No como ese condenado teléfono, con su silencio despiadado. ¿Qué pasa con el gobernador?

Once y cuarenta y cinco...